

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Miseria de la filosofía (1847) constituye un texto de fundamental importancia en la evolución de Marx.

Para la historia de su pensamiento representa la primera exposición concreta y global de la concepción materialista de la historia, que hasta entonces había sido expuesta de manera esporádica. Pero es también la primera obra económica que Marx juzgó siempre que formaba parte integrante de su obra científica de madurez. El enfrentamiento con Proudhon le permite mostrar en un lenguaje sarcástico y muchas veces injusto, una visión de conjunto de los orígenes, del desarrollo, de las contradicciones y de la caída futura del régimen capitalista.

MISERIA DE LA FILOSOFÍA
Respuesta a la FILOSOFÍA DE LA MISERIA de P.-J. Proudhon

KARL
MARX

ISBN-986-23-1419-4

10a. edición



KARL MARX

nueva edición corregida y aumentada



siglo veintiuno editores

 **siglo
veintiuno
editores**
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

**biblioteca
del
pensamiento socialista**

SERIE
LOS CLÁSICOS

**KARL
MARX**

**MISERIA
DE LA
FILOSOFÍA**

**respuesta
a la filosofía
de la miseria
de
proudhon**

**edición a cargo
de
martí soler**





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición, 1970
décima edición, corregida y aumentada, 1987
©siglo XXI editores, s.a.
isbn 968-23-1419-4

título original: misère de la philosophie

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

ÍNDICE GENERAL

Advertencia a la edición en español	ix
Advertencia a la edición francesa [<i>por</i> MAXIMILIEN RUBEL]	x
PRÓLOGO	1
CAPÍTULO PRIMERO: UN DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO	3
1. Oposición entre el valor de uso y el valor de cambio	3
2. Valor constituido o valor sintético	13
3. Aplicación de la ley de proporcionalidad de los valores	41
a) La moneda, 41; b) El excedente del trabajo, 50	
CAPÍTULO SEGUNDO: LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA	63
1. El método	63
Primera observación, 64; Segunda observación, 68; Tercera observación, 68; Cuarta observación, 69; Quinta observación, 71; Sexta observación, 73; Séptima y última observación, 77	
2. La división del trabajo y las máquinas	82
3. La competencia y el monopolio	96
4. La propiedad o la renta	104
5. Las huelgas y las coaliciones de los obreros	114
APÉNDICES	123
1. Carta de Marx a P.-J. Proudhon	125
2. Carta de Proudhon a Karl Marx	128
3. Carta de Marx a P.V. Annenkov	132
4. Discurso sobre el libro intercambio	144
5. Carta de Marx a J.B. von Schweitzer	159
6. Prefacio de Engels a la primera edición alemana	167
7. Prefacio a la segunda edición alemana	182
NOTAS Y ACLARACIONES	183
Miseria de la filosofía	185
Carta de Marx a Proudhon	203
Carta de Proudhon	204
Carta de Marx a P.V. Annenkov	204

Discurso sobre el libre intercambio	205
Carta de Marx a J.B. von Schweitzer	208
Prefacio a la segunda edición alemana	209
INDICE ONOMÁSTICO Y BIBLIOGRÁFICO	211

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

El presente volumen ha sido preparado sobre la base de la versión española realizada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú e impresa en distintas oportunidades por Ediciones en Lenguas Extranjeras. Se ha revisado y corregido por completo dicha versión utilizando para ello como fuente original la nueva edición de *Misère de la philosophie* incluida en las *Oeuvres de Karl Marx*, Économie, I, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1963.

Hemos enriquecido el volumen incorporando las notas y variantes con que Maximilien Rubel acompañara la citada edición de la Pléiade, notas que, entre otros, tienen el mérito de incluir gran parte de las observaciones marginales que escribiera P.-J. Proudhon en su ejemplar personal del libro de Marx.

Además de los prólogos de Engels y de las conocidas cartas a P.V. Annenkov y J.B. von Schweitzer, con que habitualmente se acompañan las ediciones de *Miseria de la filosofía* (criterio iniciado por Bernstein y Kautsky en la primera edición alemana), agregamos una carta de Marx, Engels y Ph. Gigot a Proudhon y la respuesta de éste. Es esta última carta, sin duda, el punto inicial de la ruptura entre ambos pensadores que culminará con la obra que aquí presentamos.

Por otra parte, el *Discurso sobre el libre intercambio*, a partir de la edición alemana de 1885, es un anexo obligado.

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN FRANCESA

En 1847, Marx tiene veintinueve años. Actúa en la vida pública desde cinco años antes y se ve marcado por diversas experiencias políticas decisivas. Tres fracasos han sido seguidos por tres periodos de estudio:

a) La *Rheinische Zeitung* (1842-1843) fue prohibida por el gobierno prusiano. Marx hizo en ella sus primeras armas de polemista liberal. Despechado, decide pasar a Francia para seguir su combate desde ahí.

b) En París funda (con A. Ruge) los *Annales Franco-Allemandes* (1844). Es en esta revista donde publica un principio de crítica de la filosofía del derecho de Hegel; en esta época también formula la idea de emancipación filosófica y revolucionaria del proletariado. Una diferencia de fondo con Ruge interrumpe esta experiencia.

c) A continuación el fracaso del *Vorwärts* de París. Expulsado en 1845 por órdenes de Guizot, se instala en Bruselas, donde la censura lo vigila. Tuvo que declarar y firmar que no se mezclaría con la "actualidad política".

El balance de su actividad es negativo, mas no el de sus meditaciones. Condenado tres veces a la inacción, estudia la revolución francesa y critica la filosofía política de Hegel; aborda la economía política y esboza su primera crítica de esta ciencia; toma sus distancias respecto de antiguas amistades o relaciones intelectuales al escribir *La sagrada familia*.

Pero también emprende, con su nuevo amigo Engels, un combate para el cual renuevan su idea de comunismo. Han establecido una especie de club internacional de correspondencia comunista, cuya red está destinada a facilitar los intercambios intelectuales y la propaganda.

Estas actividades no dejan de desviar a Marx de la composición de una *Crítica de la economía y de la política*, prometida a un editor, y en la que deberían reencontrarse las preocupaciones que había expresado a Proudhon durante su estancia en París. No parece que tuviera una idea muy clara de lo que podría ser esta obra, pero estudia su tema, en la prolongación de sus trabajos todavía inéditos de 1844. Por dos veces el edi-

tor rescinde el contrato (1846 y 1847). Marx prefiere la polémica y redacta, con Engels, *La ideología alemana*.

Proudhon duda en dar su adhesión a los comités de correspondencia: "No debemos ya plantear la acción *revolucionaria* como medio de reforma social [. . .] Para mí el problema es así: *hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica. . .* Hacer que la propiedad se consuma, más que darle una nueva fuerza haciendo un San Bartolomé de los propietarios. Mi próxima obra, que en este momento está a medias en su impresión, hablará más sobre ello. He aquí, mi querido filósofo, dónde estoy por el momento; salvo que me equivoque y, habiendo motivo para ello, reciba la férula de vuestra mano" (17 de mayo de 1846).

La férula caerá. La simpatía de Proudhon por Karl Grün, a quien Marx no tiene en mucha estima, su negativa a colaborar, y finalmente la publicación de su obra anunciada: el *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère*, que se difundirá ampliamente en Alemania, todo ello decepciona y humilla a Marx, quien había alabado, en *La sagrada familia*, las ideas de *Qu'est-ce que la propriété?* El anti-Proudhon fue redactado durante el invierno de ese año y publicado en el mes de junio de 1847.

El texto de esta obra ha sido establecido sobre la base de la edición original: *Misère de la philosophie. Réponse à "la Philosophie de la misère" de M. Proudhon. Par Karl Marx. Paris. A. Franck, 69, rue Richelieu. Bruxelles, C.G. Vogler, 2, petite rue de la Madeleine. 1847.* (Imprimerie de Delevigne et Callewaert.) [In-8°, 8 + 178 pp. + 1 p. de fe de erratas.]

Hemos tenido en cuenta las erratas con todo cuidado, dejando de lado algunos casos, no obstante, donde la corrección ya no se justificaba. En cambio, hemos corregido algunas expresiones lingüísticamente dudosas o impropias; no olvidemos, al leer este texto, que fue *pensado* en alemán y que el estilo de la obra lo resiente fuertemente.

Correcciones y adiciones han sido encontradas en un ejemplar ofrecido en 1876 por el propio Marx a Natalia Utina, así como en una lista preparada por Engels para una nueva edición francesa. Estos cambios se hicieron en la primera edición alemana (1885), revisada por Engels, y aquí y allá en la prime-

ra edición francesa (1896). Los mencionamos en la parte relativa a las notas, al final del volumen. En cuanto a estas referencias, nos remitimos a la edición *Marx-Engels Gesamtausgabe* (sigla: *MEGA*), sección I, volumen VI, Berlín, 1932, pp. 119-228.

Al verificar las citas que Marx hace de Proudhon, hemos comprobado algunas inexactitudes. La misma verificación se hizo en cuanto a Ricardo y Francis Bray, copiosamente citados por Marx. Para lo que corresponde a Proudhon, remitimos a la nueva edición de las *Contradictions économiques* publicada por Marcel Rivière, París, 1923. Estas indicaciones aparecen entre llaves, después de las de Marx.

Marx no cita siempre en el orden y palabra por palabra. Es cosa suya subrayar ciertas palabras. Sólo señalaremos los casos en que la inexactitud se vuelve deformación.

Reimpresiones: La primera edición apareció en 1896, en casa de Giard et Brière, París; la segunda, en la misma casa, 1908; la tercera, en casa de Marcel Giard, 1922 y 1935. Señalemos además la reimpresión aparecida en Éditions Sociales, 1947. *Todas* contienen numerosos errores. El texto publicado en 1961 en las Éditions Sociales, y establecido según la *MEGA*, es exacto con excepción de pequeños detalles.

NOTA: Las indicaciones bibliográficas, incompletas en el cuerpo del texto, se dan íntegramente en el índice onomástico y bibliográfico al final de este volumen.

PRÓLOGO

Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente incomprendido en Europa. En Francia se le reconoce el derecho de ser un mal economista, porque tiene fama de ser un buen filósofo alemán. En Alemania se le reconoce el derecho de ser un mal filósofo porque tiene fama de ser un economista francés de los más fuertes. En nuestra calidad de alemán y de economista a la vez, hemos querido protestar contra este doble error. [1]

El lector comprenderá que, en esta labor ingrata, hemos tenido que abandonar frecuentemente la crítica de Proudhon para dedicarnos a la crítica de la filosofía alemana, y hacer al mismo tiempo algunas observaciones sobre la economía política.

KARL MARX

Bruselas, 15 de junio de 1847

LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

1. EL MÉTODO

¡Hemos aquí en plena Alemania! Vamos a hablar de metafísica, a la vez que discurremos sobre economía política. Y también en este caso no hacemos sino seguir las “contradicciones” de Proudhon. Hasta hace un momento me obligaba a hablar en inglés, a convertirme hasta cierto punto en inglés. Ahora la escena cambia. Proudhon nos traslada a nuestra querida patria y nos fuerza a recobrar nuestra condición de alemán a pesar nuestro [47].

Si el inglés transforma los hombres en sombreros, el alemán transforma los sombreros en ideas. El inglés es Ricardo, acaudalado banquero y distinguido economista; el alemán es Hegel, simple profesor de filosofía en la Universidad de Berlín.

Luis XV, último rey absoluto y representante de la decadencia de la realeza francesa, tenía a su servicio personal un médico que era a la vez el primer economista de Francia. Este médico, este economista, personificaba el triunfo inminente y seguro de la burguesía francesa. El doctor Quesnay hizo de la economía política una ciencia; la resumió en su famoso *Tableau économique*. Además de los mil y un comentarios aparecidos sobre este cuadro, poseemos uno debido al propio doctor. Es el “análisis del cuadro económico”, seguido de “siete observaciones importantes”.

Proudhon es un segundo doctor Quesnay. Es el Quesnay de la metafísica de la economía política.

Ahora bien, la metafísica, como en general toda la filosofía, se resume según Hegel en el método. Tendremos pues que tratar de esclarecer el método de Proudhon, que es por lo menos tan oscuro como el *Tableau économique*. Con este fin haremos siete observaciones más o menos importantes. Si el doctor Proudhon no está conforme con nuestras observaciones, qué le haremos, puede hacer de abate Baudeau y dar él mismo “la explicación del método económico-metafísico” [48].

Primera observación

No hacemos una *historia según el orden de los tiempos*, sino *según la sucesión de las ideas*. Las *fases o categorías económicas* son, en su *manifestación*, ora contemporáneas, ora invertidas. . . Las teorías económicas no dejan de tener por eso su *sucesión lógica* y su *serie en el entendimiento*: es ese orden el que nos jactamos de haber descubierto (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 146 [ed. 1923, t. I, p. 179]).

Decididamente, Proudhon ha querido asustar a los franceses tirándoles a la cabeza frases casi hegelianas. Tenemos, pues, que habérmolas con dos hombres, primero con Proudhon y después con Hegel. ¿Cómo se distingue Proudhon de los demás economistas? ¿Y qué papel desempeña Hegel en la economía política de Proudhon?

Los economistas expresan las relaciones de la producción burguesa, la división del trabajo, el crédito, la moneda, etc., como categorías fijas, inmutables, eternas. Proudhon, que tiene ante sí estas categorías completamente formadas, quiere explicarnos el acto de formación, la generación de estas categorías, principios, leyes, ideas, pensamientos.

Los economistas nos explican cómo se produce en esas relaciones dadas, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra. Proudhon, habiendo tomado esas relaciones como principios, categorías, pensamientos abstractos, no tiene más que poner *orden* en esos pensamientos que ya están ordenados alfabéticamente al final de todo tratado de economía política. Los materiales de los economistas son la vida activa y dinámica de los hombres; los materiales de Proudhon son los dogmas de los economistas. Pero desde el momento en que no se persigue el movimiento histórico de las relaciones de producción, del que las categorías no son sino la expresión teórica, desde el momento en que no se quiere ver en esas categorías más que ideas y pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, se está forzado a asignar como origen de estos pensamientos el movimiento de la razón pura [49]. ¿Cómo hace nacer esos pensamientos la razón pura, eterna, impersonal? ¿Cómo procede para producirlos?

Si tuviéramos la intrepidez de Proudhon en materia de hegelianismo, diríamos que la razón pura se distingue en sí misma de ella misma. ¿Qué significa esto? Como la razón imper-

sonal no tiene fuera de ella ni terreno sobre el que pueda asentarse, ni objeto al cual pueda oponerse, ni sujeto con el que pueda combinarse, se ve forzada a dar volteretas situándose, oponiéndose y combinándose —posición, oposición, combinación. Hablando en griego, tenemos la tesis, la antítesis y la síntesis. En cuanto a los que no conocen el lenguaje hegeliano, les diremos la fórmula sacramental: afirmación, negación y negación de la negación. He aquí lo que significa manejar las palabras. Indudablemente esto no es hebreo, sin ánimo de herir a Proudhon [50]; pero es el lenguaje de esa razón tan pura, separada del individuo. En lugar del individuo ordinario, con su manera corriente de hablar y de pensar, no tenemos otra cosa que esa manera corriente en toda su pureza, sin el individuo.

¿Hay que extrañarse de que cualquier cosa, en último grado de abstracción —puesto que hay abstracción y no análisis—, se presente en estado de categoría lógica? ¿Hay que extrañarse de que eliminando poco a poco todo lo que constituye la individualidad de una casa, de que haciendo abstracción de los materiales de que se compone, de la forma que la distingue, se llegue a obtener sólo un cuerpo en general; que haciendo abstracción de los límites de ese cuerpo, no se tenga ya más que un espacio; que haciendo por último abstracción de las dimensiones de ese espacio, se termine por no tener más que la cantidad absolutamente pura, la categoría lógica? A fuerza de abstraer así de todo sujeto los pretendidos accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos razón en decir que, en último grado de abstracción, se llega a obtener como sustancia las categorías lógicas. Así, los metafísicos, que al hacer estas abstracciones se imaginan hacer análisis y que, a medida que se separan más y más de los objetos, imaginan aproximarse a ellos hasta el punto de penetrarlos, esos metafísicos tienen razón a su vez al decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuya trama son las categorías lógicas. He aquí lo que distingue al filósofo del cristiano. El cristiano no conoce más que una sola encarnación del *Logos*, en contra de la lógica; el filósofo no acaba en las encarnaciones. ¿Qué tiene de extraño, después de esto, que todo lo existente, que todo cuanto vive sobre la tierra y bajo el agua, pueda, a fuerza de abstracción, ser reducido a una categoría lógica, y que de esta manera el mundo real entero pueda hundirse en el mundo de las abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas? [51].

Todo lo que existe, todo lo que vive sobre la tierra y bajo el agua no existe, no vive más que por un movimiento cualquiera. Así, el movimiento de la historia produce las relaciones sociales, el movimiento industrial nos proporciona los productos industriales, etcétera.

Así como a fuerza de abstracción hemos transformado toda cosa en categoría lógica, de la misma manera basta con hacer abstracción de todo rasgo distintivo de los diferentes movimientos para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Y si en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de todas las cosas, en la fórmula lógica del movimiento se cree haber encontrado el *método absoluto*, que no sólo explica cada cosa, sino que implica además el movimiento de la cosa.

De este método absoluto habla Hegel en los términos siguientes: "El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la que ningún objeto puede oponer resistencia; es la tendencia a la razón a reencontrarse, a reconocerse a sí misma en toda cosa" (Hegel, *Lógica* [1816], t. III) [52]. Si cada cosa es reducida a una categoría lógica, y cada movimiento, cada acto de producción al método, de aquí se infiere naturalmente que cada conjunto de productos y de producción, de objetos y de movimiento, se reduce a una metafísica aplicada. Lo que Hegel ha hecho para la religión, el derecho, etc., Proudhon pretende hacerlo para la economía política [53].

¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. ¿En qué consiste el movimiento de la razón pura? En situarse, oponerse, combinarse, formularse como tesis, antítesis y síntesis, o bien en afirmarse, en negarse, y en negar su negación.

¿Cómo hace la razón para afirmarse, para situarse como categoría determinada? Esto es asunto de la misma razón y de sus apologistas.

Pero una vez que la razón ha llegado a situarse como tesis, esta tesis, este pensamiento, opuesto a sí mismo, se desdobra en dos pensamientos contradictorios, el positivo y el negativo, el sí y el no. La lucha de estos dos elementos antagonicos, encerrados en la antítesis, constituye el movimiento dialéctico. El sí se convierte en no, el no se convierte en sí, el sí pasa a

ser a la vez sí y no, el no es a la vez no y sí, los contrarios se equilibran, se neutralizan, se paralizan. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo que es la síntesis. Este pensamiento nuevo se desdobra aún en dos pensamientos contradictorios que se funden a su vez en una nueva síntesis. De este trabajo de gestación nace un grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico que una categoría simple y tiene por antítesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo de pensamientos, que es su síntesis.

Así como del movimiento dialéctico de las categorías simples nace el grupo, así también del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace todo el sistema.

Aplicad este método a las categorías de la economía política y obtendréis la lógica y la metafísica de la economía política, o, en otros términos, tendréis las categorías económicas conocidas por todo el mundo, traducidas a un lenguaje poco conocido, que les da el aspecto de haber florecido recientemente en una cabeza que es razón pura: hasta tal punto estas categorías parecen engendrarse las unas a las otras, encadenarse y entrelazarse unas con otras por la acción exclusiva del movimiento dialéctico. Que el lector no se asuste de esta metafísica con toda su armazón de categorías, de grupos, de series y de sistemas. Proudhon, pese a todo su celo por escalar la cima del *sistema de las contradicciones*, no ha podido jamás pasar de los dos primeros escalones, de la tesis y de la antítesis simples, y además sólo dos veces los ha brincado y, de estas dos veces, una ha caído de espaldas.

Hasta aquí sólo hemos expuesto la dialéctica de Hegel. Veremos más adelante cómo Proudhon ha logrado reducirla a las proporciones más mezquinas. Así, para Hegel, todo lo que ha acaecido y que sigue acaeciendo corresponde justamente a lo que acaece en su propio razonamiento. Así la filosofía de la historia no es más que la historia de la filosofía, de su propia filosofía. No existe ya la "historia según el orden de los tiempos"; lo único que existe es la "sucesión de las ideas en el entendimiento. Cree construir el mundo por el movimiento del pensamiento, cuando no hace sino reconstruir sistemáticamente y ordenar bajo el método absoluto los pensamientos que están en la cabeza de todo el mundo [54].

Segunda observación

Las categorías económicas no son más que expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de producción. Proudhon, tomando las cosas al revés como buen filósofo, no ve en las relaciones reales más que las encarnaciones de estos principios, de estas categorías, que dormitaban, como nos dice también Proudhon el filósofo, en el seno de la "razón impersonal de la humanidad".

Proudhon el economista ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda, en el marco de relaciones determinadas de producción. Pero lo que no ha sabido ver es que estas relaciones sociales determinadas son producidas por los hombres lo mismo que el lienzo, el lino, etc. [55] Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad del señor feudal; el molino de vapor, la sociedad del capitalista industrial.

Los hombres, al establecer las relaciones sociales con arreglo a su productividad material, producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

Por lo tanto, estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son *productos históricos y transitorios*.

Existe un movimiento continuo de crecimiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento: *mors immortalis* [56].

Tercera observación

En cada sociedad las relaciones de producción forman un todo. Proudhon concibe las relaciones económicas como otras tantas fases sociales, que se engendran una a otra, derivan una de otra, lo mismo que la antítesis de la tesis, y realizan en su sucesión lógica la razón impersonal de la humanidad.

El único inconveniente de este método es que, al abordar el examen de una sola de esas fases, Proudhon no puede expli-

carla sin recurrir a todas las demás relaciones sociales, relaciones que, sin embargo, no ha podido todavía engendrar por medio de su movimiento dialéctico. Y cuando Proudhon pasa después, con la ayuda de la razón pura, a engendrar las otras fases, hace como si acabasen de nacer, olvidando que son tan viejas como la primera [57].

Así, para llegar a la constitución del valor, que, a juicio suyo, es la base de todas las evoluciones económicas, no podía prescindir de la división del trabajo, de la competencia, etc. Sin embargo, estas relaciones todavía no existían en la *serie*, en el *entendimiento* de Proudhon, en la *sucesión lógica*.

Construyendo con las categorías de la economía política el edificio de un sistema ideológico, se disloca a los miembros del sistema social. Se transforman los diferentes miembros de la sociedad en otras tantas sociedades separadas, que se suceden una tras otra. En efecto, ¿cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión, del tiempo, podría explicarnos por sí sola el cuerpo de la sociedad, en el que todas las relaciones coexisten simultáneamente y se sostienen las unas a las otras? [58].

Cuarta observación

Veamos ahora qué modificaciones hace sufrir Proudhon a la dialéctica de Hegel aplicándola a la economía política.

Para él, para Proudhon, cada categoría económica tiene dos lados, uno bueno y otro malo. Considera las categorías como el pequeño burgués considera a las grandes figuras históricas: *Napoleón* es un gran hombre; ha hecho mucho bien, pero también ha hecho mucho mal.

El *lado bueno* y el *lado malo*, la *ventaja* y el *inconveniente*, tomados en conjunto, forman según Proudhon la *contradicción* inherente a cada categoría económica.

Problema a resolver: Conservar el lado bueno, eliminando el malo.

La *esclavitud* es una categoría económica como otra cualquiera. Por consiguiente, también tiene sus dos lados. Dejemos el lado malo de la esclavitud y hablemos de su lado bueno: de suyo se comprende que sólo se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en el Surinam, en el Brasil, en los estados sureños de América del Norte.

Lo mismo que las máquinas, el crédito, etc., la esclavitud

directa es el eje de la industria burguesa. Sin esclavitud no habría algodón; sin algodón no habría industria moderna. La esclavitud ha dado su valor a las colonias, las colonias han creado el comercio universal, el comercio universal es la condición de la gran industria. Por lo tanto, la esclavitud es una categoría económica de elevada importancia.

Sin esclavitud, América del Norte, el país de más rápido progreso, se transformaría en un país patriarcal. Borrada Norteamérica del mapa del mundo y tendréis la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización modernas. Suprimid la esclavitud y habréis borrado a Norteamérica del mapa de los pueblos [59].

Como la esclavitud es una categoría económica, siempre ha figurado entre las instituciones de los pueblos. Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud en sus propios países y la han impuesto sin tapujos en el Nuevo Mundo.

¿Cómo se las arreglará Proudhon para salvar la esclavitud? Planteará este *problema*: conservar el lado bueno de esta categoría económica y eliminar el malo.

Hegel no tiene problemas que plantear. Sólo tiene la dialéctica. Proudhon no tiene de la dialéctica de Hegel más que el lenguaje. A su juicio, el movimiento dialéctico es la distinción dogmática de lo bueno y de lo malo.

Tomemos por un instante al propio Proudhon como categoría. Examinemos su lado bueno y su lado malo, sus virtudes y sus defectos.

Si en comparación con Hegel tiene la virtud de plantear problemas, reservándose el derecho de solucionarlos para el mayor bien de la humanidad, en cambio tiene el defecto de adolecer de esterilidad cuando se trata de engendrar por la acción de la dialéctica una nueva categoría. La coexistencia de dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una nueva categoría constituyen el movimiento dialéctico. El que se plantea el problema de eliminar el lado malo, con ello mismo pone fin de golpe al movimiento dialéctico. Ya no es la categoría la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se ve trasladado a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento*.

Toma la primera categoría que se le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar. Así, de creer a Proudhon, los impuestos suprimen los inconvenientes del monopolio; la balanza comercial, los inconvenientes de los impuestos; la propiedad territorial, los inconvenientes del crédito.

Tomando así sucesivamente las categorías económicas una por una, y concibiendo una de las categorías como *antídoto* de la otra, Proudhon llega a componer, con esta mezcla de contradicciones, dos volúmenes de contradicciones, que denomina con justa razón: *Sistema de las contradicciones económicas* [60].

Quinta observación

En la razón absoluta todas estas ideas... son igualmente simples y generales... De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu. (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 97 [ed. 1923, t. II, pp. 78-79].)

¡He aquí que, súbitamente, mediante un brusco viraje cuyo secreto conocemos ahora, la metafísica de la economía política se ha convertido en una ilusión! Jamás Proudhon había dicho nada más justo. Naturalmente, desde el momento en que el proceso del movimiento dialéctico se reduce al simple procedimiento de oponer el bien al mal, de plantear problemas cuya finalidad consiste en eliminar el mal y de emplear una categoría como antídoto de otra, las categorías pierden su espontaneidad; la idea "deja de funcionar"; en ella ya no hay vida. Ya no puede ni situarse ni descomponerse en categorías. La sucesión de las categorías se convierte en una especie de *andamiaje*. La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos a lo sumo la moral pura.

Cuando hablaba Proudhon de la *serie en el entendimiento*, de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer la *historia según el orden cronológico*, es decir, según Proudhon, la sucesión histórica en la que las categorías se han *manifestado*. Todo ocurría para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en prácti-

ca esta dialéctica, la razón lo traiciona. La dialéctica de Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y he aquí que Proudhon se ve precisado a reconocer que el orden en que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

¿Qué es, pues, lo que nos presenta Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende Proudhon, la sucesión en que las categorías se han *manifestado* siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia tal como se desarrolla en la idea misma? Aún menos. Así, pues, ¿no nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones. Veamos cómo se mueven estas contradicciones y cómo arrastran en su marcha a Proudhon.

Antes de emprender este examen, que dará lugar a la sexta observación importante, debemos hacer otra observación menos importante.

Supongamos con Proudhon que la historia real, la historia según el orden cronológico, es la sucesión histórica en la que se han manifestado las ideas, las categorías, los principios.

Cada principio ha tenido su siglo para manifestarse: el principio de autoridad, por ejemplo, corresponde al siglo XI; el principio del individualismo, al siglo XVIII. De consecuencia en consecuencia, tendríamos que decir que el siglo pertenece al principio, y no el principio al siglo. En otros términos, sería el principio el que ha creado la historia, y no la historia la que ha creado el principio. Pero si, para salvar los principios y la historia, nos preguntamos por qué tal principio se ha manifestado en el siglo XI o en el siglo XVIII, y no en otro cualquiera, deberemos por fuerza examinar minuciosamente cuáles eran los hombres del siglo XI, cuáles los del siglo XVIII, cuáles eran sus respectivas necesidades, sus fuerzas productivas, su modo de producción, las materias primas empleadas en su producción y, por último, las relaciones entre los hombres que derivan de todas estas condiciones de existencia. ¿Es que estudiar todas estas cuestiones no significa exponer la historia real, la historia profana de los hombres de cada siglo, presentar a estos hombres a la vez como los autores y los actores de su propio drama? Pero, desde el momento en que se presenta a los hombres como los actores y los autores de su propia historia, se llega, dando un rodeo, al verdadero punto de partida,

porque se abandonan los principios eternos de los que se había partido al comienzo.

En cuanto a Proudhon, ni siquiera por esos atajos que toma el ideólogo ha avanzado lo suficiente para salir al anchuroso camino de la historia [61].

Sexta observación

Sigamos a Proudhon por esos atajos.

Admitamos que las relaciones económicas, concebidas como *leyes inmutables*, como *principios eternos*, como *categorías ideales*, hayan precedido a la vida activa y dinámica de los hombres [62]; admitamos, además, que estas leyes, estos principios, estas categorías hayan estado dormitando, desde los orígenes de los tiempos, "en la razón impersonal de la humanidad". Ya hemos visto que todas estas eternidades inmutables e inmóviles no dejan margen para la historia; todo lo más que queda es la historia en la idea, es decir, la historia que se refleja en el movimiento dialéctico de la razón pura. Diciendo que en el movimiento dialéctico las ideas ya no se "*diferencian*", Proudhon anula toda *sombra* de movimiento y el *movimiento de las sombras* con las que habría podido, al menos, crear un simulacro de historia. En lugar de ello, atribuye a la historia su propia impotencia y se queja de todo, hasta de la lengua francesa. "No es exacto afirmar —dice Proudhon el filósofo— que una cosa *adviene*, que una cosa *se produce*: en la civilización, al igual que en el universo, todo existe, todo actúa desde siempre. [. . .] *Lo mismo acontece con toda la economía social*" (Proudhon, *loc. cit.*, t. II, p. 102 [ed. 1923, t. II, p. 82]).

La fuerza productora de las contradicciones que *funcionan* y que hacen funcionar a Proudhon es tan grande, que, queriendo explicar la historia, se ve obligado a negarla; queriendo explicar la aparición consecutiva de las relaciones sociales, niega que *una cosa cualquiera* pueda *advenir*; queriendo explicar la producción y todas sus fases, niega que *una cosa cualquiera* pueda *producirse*.

Por tanto, para Proudhon no hay ni historia ni sucesión de ideas, y sin embargo continúa existiendo su libro; y ese libro es precisamente, de acuerdo con su propia expresión, la "*historia según la sucesión de las ideas*". ¿Cómo encontrar una fórmula —pues Proudhon es el hombre de las fórmulas— con la que poder saltar *de un brinco* por encima de todas estas contradicciones?

Para esto ha inventado una razón nueva, que no es ni la razón absoluta, pura y virgen, ni la razón común de los hombres activos y dinámicos en los diferentes siglos, sino una razón de un género completamente particular, la razón de la sociedad persona, del sujeto *humanidad*, razón que la pluma de Proudhon presenta también a veces como "*genio social*", como "*razón general*" o, por último, como "*razón humana*". Sin embargo, a esta razón, encubierta con tantos nombres, se la reconoce a cada instante como la razón individual de Proudhon, con su lado bueno y su lado malo, sus antídotos y sus problemas.

"La razón humana no crea la verdad", oculta en las profundidades de la razón absoluta, eterna; sólo puede descubrirla. Pero las verdades que ha descubierto hasta el presente son incompletas, insuficientes y, por lo mismo, contradictorias. En consecuencia, las categorías económicas, siendo a su vez verdades descubiertas y reveladas por la razón humana, por el genio social, son también incompletas y contienen el germen de la contradicción. Antes de Proudhon, el genio social no había visto más que los *elementos antagónicos*, y no la *fórmula sintética*, ocultos ambos simultáneamente en la *razón absoluta*. Por eso, las relaciones económicas, no siendo sino la realización terrenal de estas verdades insuficientes, de estas categorías incompletas, de estas nociones contradictorias, contienen en sí mismas la contradicción y presentan los dos lados, uno bueno y otro malo.

Encontrar la verdad completa, la noción en toda su plenitud, la fórmula sintética que destruye la antinomia: he aquí el problema que debe resolver el genio social. Y he aquí también por qué, en la imaginación de Proudhon, ese mismo genio social ha tenido que pasar de una categoría a otra, sin haber conseguido aún, pese a toda la batería de sus categorías, arrancar a Dios, a la razón absoluta, una fórmula sintética.

La sociedad (el genio social) comienza por suponer un primer hecho, por sentar una *hipótesis*. . . , verdadera antinomia cuyos resultados antagónicos se desarrollan en la economía social en el mismo orden en que habrían podido ser deducidos en la mente como consecuencias; de manera que el movimiento industrial, siguiendo en todo la deducción de las ideas, se divide en dos corrientes: la una de efectos útiles y la otra de resultados subversivos. . . Para constituir armónicamente ese principio doble y resolver esa antinomia, la sociedad hace surgir una *segunda* antinomia, a la que no tardará en seguir una tercera, y tal será la *marcha del genio social* hasta que agotadas todas sus con-

tradiciones —supongo, aunque ello no está demostrado, que las contradicciones en la humanidad tienen un término—, retorne de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelva en *una sola fórmula* todos sus problemas (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, p. 133 [ed. 1923, t. I, p. 169]).

Así como antes la *antítesis* se transformó en *antídoto*, ahora la *tesis* pasa a ser *hipótesis*. Pero este cambio de términos de Proudhon no puede ya causarnos sorpresa. La razón humana, que no tiene nada de pura por no poseer más que opiniones incompletas, tropieza a cada paso con nuevos problemas a resolver. Cada nueva tesis descubierta por ella en la razón absoluta y que es la negación de la primera tesis, se convierte para ella en una síntesis, que acepta con bastante ingenuidad como la solución del problema en cuestión. Así es como esta razón se agita en contradicciones siempre nuevas, hasta que, al llegar al punto final de las contradicciones, advierte que todas sus tesis y síntesis no son otra cosa que hipótesis contradictorias. En su perplejidad, "la razón humana, el genio social, retorna de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelve en una sola fórmula todos sus problemas". Digamos de paso que esta fórmula única constituye el verdadero descubrimiento de Proudhon. Es el *valor constituido*.

Las hipótesis no se asientan sino con un fin determinado. El fin que se propone en primer lugar el genio social que habla por boca de Proudhon, es eliminar lo que haya de malo en cada categoría económica, para que no quede más que lo bueno. El bien, el bien supremo, el verdadero fin práctico, es para él la *igualdad*. Y ¿por qué el genio social se propone la igualdad más que la desigualdad, la fraternidad, el catolicismo o cualquier otro principio? Porque "la humanidad no ha realizado sucesivamente tantas hipótesis particulares más que en vista de una hipótesis superior", que es cabalmente la igualdad. En otras palabras, porque la igualdad es el ideal de Proudhon. Él se imagina que la división del trabajo, el crédito, la fábrica, en suma, todas las relaciones económicas han sido inventadas únicamente en beneficio de la igualdad, y sin embargo han terminado siempre por volverse contra ella. Del hecho de que la historia y la ficción de Proudhon se contradigan a cada paso, deduce él que allí hay una contradicción. Si hay contradicción, sólo existe entre su idea fija y el movimiento real.

En lo sucesivo, el lado bueno de cada relación económica es el que afirma la igualdad, y el lado malo el que la niega y afirma la desigualdad. Toda nueva categoría es una hipótesis del genio social para eliminar la desigualdad engendrada por la hipótesis precedente. En resumen, la igualdad es la *intención primitiva*, la *tendencia mística*, el *fin providencial* que el genio social no pierde nunca de vista, girando en el círculo de las contradicciones económicas. Por eso, la *Providencia* es la locomotora que hace marchar todo el bagaje económico de Proudhon mucho mejor que su razón pura y etérea. Nuestro autor ha consagrado a la Providencia todo un capítulo, que sigue al de los impuestos.

Providencia, fin providencial: he aquí la palabra altisonante que hoy se emplea para explicar la marcha de la historia. En realidad, esta palabra no explica nada. Es, cuanto más, una forma retórica, una manera como cualquier otra de parafrasear los hechos [63].

Es sabido que en Escocia aumentó el valor de la propiedad de la tierra gracias al desarrollo de la industria inglesa. Esta industria abrió a la lana nuevos mercados de venta. Para producir la lana en gran escala, era preciso transformar los campos de laboreo en pastizales. Para efectuar esta transformación, era necesario concentrar la propiedad. Para concentrar la propiedad, había que acabar con la pequeña propiedad, expulsar a miles de propietarios de su país natal y colocar en su lugar a unos cuantos pastores encargados de cuidar millones de ovejas. Así, pues, la propiedad territorial condujo en Escocia, mediante transformaciones sucesivas, a que los hombres se viesen desplazados por las ovejas. Decid ahora que el fin providencial de la institución de la propiedad territorial en Escocia era hacer que los hombres fuesen desplazados por las ovejas, y tendréis la historia providencial.

Naturalmente, la tendencia a la igualdad es propia de nuestro siglo. Pero afirmar que todos los siglos anteriores —con sus necesidades, medios de producción, etc., completamente distintos— se esforzaron providencialmente por realizar la igualdad, es, ante todo, confundir los medios y los hombres de nuestro siglo con los hombres y los medios de siglos anteriores y desconocer el movimiento histórico por el que las generaciones sucesivas han ido transformando los resultados adquiridos por las generaciones precedentes. Los economistas saben muy bien que la misma cosa que para uno era un pro-

ducto elaborado, no era para otro más que la materia prima destinada a una nueva producción.

Suponed, como lo hace Proudhon, que el genio social produjo, o, mejor dicho, improvisó a los señores feudales con el fin providencial de transformar a los *colonos* en *trabajadores responsables e iguales entre sí*, y habréis hecho una sustitución de fines y de personas muy digna de esa Providencia que en Escocia instituía la propiedad territorial para permitirse el maligno placer de ver a los hombres desplazados por las ovejas.

Pero puesto que Proudhon demuestra un interés tan tierno por la Providencia, le remitimos a la *Historia de la economía política* del señor De Villeneuve-Bargemont, que también persigue un fin providencial. Este fin no es ya la igualdad sino el catolicismo [64].

Séptima y última observación

Los economistas proceden de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y otras naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales y las de la burguesía son naturales. Aquí los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay. Ha habido historia porque ha habido instituciones feudales y porque en estas instituciones feudales nos encontramos con unas relaciones de producción completamente diferentes de las relaciones de producción de la sociedad burguesa, que los economistas quieren hacer pasar por naturales y, por tanto, eternas.

El feudalismo también tenía su proletariado: los siervos, es-tamento que encerraba todos los gérmenes de la burguesía. La producción feudal también tenía dos elementos antagónicos,

que se designan igualmente con el nombre de *lado bueno* y *lado malo* del feudalismo, sin tener en cuenta que, en definitiva, el lado malo prevalece siempre sobre el lado bueno. Es cabalmente el lado malo el que, dando origen a la lucha, produce el movimiento que crea la historia [65]. Si, en la época de la dominación del feudalismo, los economistas, entusiasmados por las virtudes caballerescas, por la buena armonía entre los derechos y los deberes, por la vida patriarcal de las ciudades, por el estado de prosperidad de la industria doméstica en el campo, por el desarrollo de la industria organizada en corporaciones, cofradías y gremios, en una palabra, por todo lo que constituye el lado bueno del feudalismo, se hubiesen propuesto la tarea de eliminar todo lo que ensombrecía este cuadro —la servidumbre, los privilegios y la anarquía— ¿cuál habría sido el resultado? Se habrían destruido todos los elementos que desencadenan la lucha y matado en germen el desarrollo de la burguesía. Los economistas se habrían propuesto la empresa absurda de borrar la historia.

Cuando la burguesía se impuso, la cuestión ya no residía en el lado bueno ni en el lado malo del feudalismo. La burguesía entró en posesión de las fuerzas productivas que habían sido desarrolladas por ella bajo el feudalismo. Fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones civiles congruentes con ellas y el régimen político que era la expresión oficial de la antigua sociedad civil.

Así, pues, para formarse un juicio exacto de la producción feudal, es menester enfocarla como un modo de producción basado en el antagonismo. Es menester investigar cómo se producía la riqueza en el seno de este antagonismo, cómo se iban desarrollando las fuerzas productivas al mismo tiempo que el antagonismo de clases, cómo una de estas clases, el lado malo y negativo de la sociedad, fue creciendo incesantemente hasta que llegaron a su madurez las condiciones materiales para su emancipación. ¿Acaso esto no significa que el modo de producción, las relaciones en las que las fuerzas productivas se desarrollan, no son en modo alguno leyes eternas, sino que corresponden a un nivel determinado de desarrollo de los hombres y de sus fuerzas productivas, y que todo cambio operado en las fuerzas productivas de los hombres implica necesariamente un cambio en sus relaciones de producción? Como lo que importa ante todo es no verse privado de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas adquiridas, hace falta romper

las formas tradicionales en las que dichas fuerzas se han producido. Desde ese instante, la clase antes revolucionaria se vuelve conservadora [66].

La burguesía comienza con un proletariado que es, a su vez, un resto del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagónico, que al principio se encuentra más o menos encubierto, que no existe sino en estado latente. A medida que se desarrolla la burguesía, va desarrollándose en su seno un nuevo proletariado, un proletariado moderno: se desarrolla una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que, antes de que ambas partes la sientan, la perciban, la aprecien, la comprendan, la reconozcan y la proclamen por lo alto, no se manifiesta en los primeros momentos sino en conflictos parciales y fugaces, en hechos subversivos. Por otra parte, si todos los miembros de la burguesía moderna tienen un mismo interés por cuanto forman una sola clase frente a otra clase, tienen intereses opuestos y antagónicos por cuanto se contraponen los unos a los otros. Esta oposición de intereses surge de las condiciones económicas de su vida burguesa. Por lo tanto, cada día es más evidente que las relaciones de producción en que la burguesía se desenvuelve no tienen un carácter único y simple sino un doble carácter; que dentro de las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce igualmente la miseria; que dentro de las mismas relaciones en que se opera el desarrollo de las fuerzas productivas, existe asimismo una fuerza que produce represión; que estas relaciones sólo crean la *riqueza burguesa*, es decir, la riqueza de la clase burguesa, destruyendo continuamente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase y formando un proletariado que crece sin cesar.

Cuanto más se pone de manifiesto este carácter antagónico, tanto más entran en desacuerdo con su propia teoría los economistas, los representantes científicos de la producción burguesa, y se forman diferentes escuelas.

Existen los economistas *fatalistas*, que en su teoría son tan indiferentes a lo que ellos denominan inconvenientes de la producción burguesa como los burgueses mismos lo son en la práctica, ante los sufrimientos de los proletarios que les ayudan a adquirir riquezas. Esta escuela fatalista tiene sus clásicos y sus románticos. Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, son representantes de una burguesía que, luchando todavía

contra los restos de la sociedad feudal, sólo pretende depurar de manchas feudales las relaciones económicas, aumentar las fuerzas productivas y dar un nuevo impulso a la industria y al comercio. A su juicio, los sufrimientos del proletariado que participa en esa lucha, absorbido por esa actividad febril, sólo son pasajeros, accidentales, y el proletariado mismo los considera como tales. Los economistas como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esa época, no tienen otra misión que mostrar cómo se adquiere la riqueza en el marco de las relaciones de la producción burguesa, formular estas relaciones en categorías y leyes y demostrar que estas leyes y categorías son, para la producción de riquezas, superiores a las leyes y a las categorías de la sociedad feudal. A sus ojos, la miseria no es más que el dolor que acompaña a todo alumbramiento, lo mismo en la naturaleza que en la industria [67].

Los románticos pertenecen a nuestra época, en la que la burguesía está en oposición directa con el proletariado, en la que la miseria se engendra en tan gran abundancia como la riqueza. Los economistas adoptan entonces la pose de fatalistas saciados que, desde lo alto de su posición, lanzan una mirada soberbia de desprecio sobre los hombres locomóviles que fabrican la riqueza. Copian todos los razonamientos de sus predecesores, pero la indiferencia, que en estos últimos era ingenuidad, en ellos es coquetería.

Luego sigue la *escuela humanitaria*, que toma a pecho el lado malo de las relaciones de producción actuales. Para su tranquilidad de conciencia, se esfuerza en paliar todo lo posible los contrastes reales; deplora sinceramente las penalidades del proletariado y la desenfrenada competencia entre los mismos burgueses; aconseja a los obreros que sean sobrios, trabajen bien y tengan pocos hijos; recomienda a los burgueses que moderen su ardor en la producción. Toda la teoría de esta escuela se basa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y sus resultados, entre la idea y su aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad, entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el malo.

La escuela *filantrópica* es la escuela humanitaria perfeccionada. Niega la necesidad del antagonismo; quiere convertir a todos los hombres en burgueses; quiere realizar la teoría en tanto que se distinga de la práctica y no contenga antagonismo. Ni qué decir tiene que en la teoría es fácil hacer abstrac-

ción de las contradicciones que se encuentran a cada paso en la realidad. Esta teoría equivaldría entonces a la realidad idealizada. Por consiguiente, los filántropos quieren conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, pero sin el antagonismo que es su esencia y que les es inseparable. Creen que combaten firmemente la práctica burguesa, pero son más burgueses que nadie [68].

Así como los *economistas* son los representantes científicos de la clase burguesa, así los *socialistas* y los *comunistas* son los teóricos de la clase proletaria [69]. Mientras el proletariado no esté aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no revista todavía carácter político, y mientras las fuerzas productivas no se hayan desarrollado en el seno de la propia burguesía hasta el grado de dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y para la edificación de una sociedad nueva, estos teóricos son sólo utopistas que, para mitigar las penurias de las clases oprimidas, improvisan sistemas y se entregan a la búsqueda de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquéllos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad. Mientras se limitan a buscar la ciencia y a construir sistemas, mientras se encuentran en los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, subversivo, que terminará por derrocar a la vieja sociedad. Una vez advertido este aspecto, la ciencia, producto del movimiento histórico en el que participa ya con pleno conocimiento de causa, deja de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria.

Volvamos a Proudhon [70].

Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo: éste es el único punto en que Proudhon no se desmiente. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas y el lado malo lo denuncian los socialistas. De los economistas toma la necesidad de unas relaciones eternas, y de los socialistas esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que la miseria. Está de acuerdo con unos y con otros, tratando de apoyarse en la autoridad de la ciencia. En él la ciencia se reduce

a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y del comunismo, cuando en realidad se queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles puramente económicos; de los socialistas, porque carece de la perspicacia y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, por encima de los horizontes de la burguesía.

Pretende ser la síntesis y no es más que un error compuesto.

Pretende flotar sobre burgueses y proletario: a la manera de un hombre de ciencia, y no es más que un pequeñoburgués que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo [71].

2. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LAS MÁQUINAS

La serie de las *evoluciones económicas* comienza, según Proudhon, con la división del trabajo.

<i>Lado bueno de la división del trabajo</i>	{	“Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo según el cual se realiza la <i>igualdad</i> de condiciones y de inteligencias.”
<i>Lado malo de la división del trabajo</i>	{	“La división del trabajo se ha convertido para nosotros en una fuente de miseria.”
		VARIANTE
	{	“El trabajo, <i>al dividirse según la ley</i> que le es propia y que constituye la primera condición de su fecundidad, conduce a la negación de sus fines y se destruye a sí mismo.”
<i>Problema a resolver</i>	{	Encontrar “la nueva combinación que suprima los inconvenientes de la división, conservando a la par sus efectos útiles” (Proudhon, <i>loc. cit.</i> , t. I, pp. 93, 94 y 97 [ed. 1923, t. I, pp. 138 y 140]).

La división del trabajo es, en opinión de Proudhon, una ley eterna, una categoría simple y abstracta. Por consiguiente, la

abstracción, la idea, la palabra le bastan para explicar la división del trabajo en las diferentes épocas. Las castas, las corporaciones, el régimen manufacturero, la gran industria deben ser explicados con una sola palabra: *dividir*. Comenzad por estudiar bien el sentido de la palabra “dividir” y no tendréis necesidad de estudiar las numerosas influencias que dan a la división del trabajo un carácter determinado en cada época.

Naturalmente, reducir las cosas a las categorías de Proudhon sería simplificarlas demasiado. La historia no procede de un modo tan categórico [72]. En Alemania hicieron falta tres siglos enteros para establecer la primera gran división del trabajo, es decir, la separación de la ciudad y del campo. A medida que se modificaba esta relación entre la ciudad y el campo, se iba modificando toda la sociedad. Incluso tomando este único aspecto de la división del trabajo, tenemos las repúblicas de la antigüedad o el feudalismo cristiano; la antigua Inglaterra con sus barones o la Inglaterra moderna con sus señores del algodón (*cotton-lords*). En los siglos XIV y XV, cuando aún no había colonias, cuando América todavía no existía para Europa, cuando Asia existía sólo a través de Constantinopla, cuando el Mediterráneo era el centro de la actividad comercial, la división del trabajo tenía una forma y un carácter completamente distintos que en el siglo XVII, cuando los españoles, los portugueses, los ingleses y los franceses poseían colonias establecidas en todas las partes del mundo. La extensión del mercado y su fisonomía dan a la división del trabajo en las diferentes épocas una fisonomía y un carácter que sería difícil deducir de la sola palabra “*dividir*”, de la idea, de la categoría.

Todos los economistas —dice Proudhon—, a partir de A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de división, pero atribuyendo una importancia mucho mayor a las primeras que a los segundos, porque esto correspondía más a su optimismo, y sin que ninguno de ellos se haya preguntado nunca en qué podían consistir los inconvenientes de una ley. . . ¿De qué modo un mismo principio, aplicado con rigor en todas sus consecuencias, surte efectos diametralmente opuestos? Ningún economista, ni antes ni después de A. Smith, se ha percatado siquiera de que en este punto había un problema a dilucidar. Say llega a reconocer que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal [Proudhon, *loc. cit.*, ed. 1923, t. I, pp. 139 y 140].

sociales en las que se lleva a cabo la explotación de la tierra. No puede ser resultado de la naturaleza más o menos sólida, más o menos duradera de la tierra. La renta debe su origen a la sociedad y no al suelo.

Según Proudhon, "la mejora del uso de la tierra" —consecuencia "del perfeccionamiento de la industria"— es causa del alza continua de la renta. Pero, por el contrario, esta mejora la hace descender periódicamente.

¿En qué consiste, en general, toda mejora, ya sea en la agricultura o en la manufactura? En producir más con el mismo trabajo, en producir tanto e incluso más con menos trabajo. Gracias a estas mejoras, el arrendatario no tiene necesidad de emplear una mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Entonces no necesita recurrir a tierras inferiores y las sucesivas inversiones de capital en un mismo terreno siguen siendo igualmente productivas. Por lo tanto, estas mejoras, lejos de elevar continuamente la renta, como dice Proudhon, son, por el contrario, otros tantos obstáculos temporales que se oponen a su alza.

Los propietarios ingleses del siglo XVII comprendían tan bien esta verdad que se opusieron a los progresos de la agricultura por temor a ver disminuidos sus ingresos [105]. (Véase Petty, economista inglés de los tiempos de Carlos II [106].)

5. LAS HUELGAS Y LAS COALICIONES DE LOS OBREROS

Todo movimiento de alza de los salarios no puede tener otro efecto que un alza del trigo, del vino, etc., es decir, un aumento de la carestía. Porque, ¿qué es el salario? Es el precio de costo del trigo, etc.; es el precio íntegro de todas las cosas. Vamos más lejos aún: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza y que son consumidos cada día por la masa de los trabajadores con el fin de llevar a cabo la reproducción. Ahora bien, duplicar los salarios. . . equivaldría a entregar a cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual representa una contradicción; y si el alza no afectase más que a un pequeño número de industrias, equivaldría a provocar una perturbación general en los cambios, en una palabra, un *aumento de la carestía*. . . Yo afirmo que es imposible que las huelgas seguidas de un aumento de los salarios no susciten una *elevación general de precios*: esto es tan cierto como dos y dos son cuatro (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 110 y 111 [ed. 1923, t. I, pp. 151 y 152]).

Negamos todas estas aserciones, excepto la de que dos y dos son cuatro.

En primer lugar, no puede haber *elevación general de precios*. Si el precio de todas las cosas se duplica al mismo tiempo que el salario, no habrá cambio alguno en los precios; lo único que cambia son los términos. En segundo lugar, un alza general de salarios no puede jamás producir un encarecimiento más o menos general de las mercancías. En efecto, si todas las industrias empleasen el mismo número de obreros en relación con el capital fijo o con los instrumentos de que se sirven, un alza general de salarios produciría un descenso general de las ganancias y el precio corriente de las mercancías no sufriría alteración alguna [107].

Pero como la relación entre el trabajo manual y el capital fijo no es la misma en las diferentes industrias, todas las industrias que emplean una masa relativamente mayor de capital fijo y menor de obreros se verán forzadas tarde o temprano a bajar el precio de sus mercancías. En caso contrario, si el precio de sus mercancías no bajase, su ganancia se elevaría por encima de la tasa común de las ganancias. Las máquinas no son asalariadas. Por lo tanto, el alza general de salarios afectaría en menor medida a las industrias que emplean comparativamente más máquinas y menos obreros. Pero la elevación de tales o cuales ganancias por encima de la tasa ordinaria sería sólo pasajera, ya que la competencia tiende siempre a nivelar las ganancias. Así, pues, aparte de algunas oscilaciones, un alza general de los salarios traería aparejado no una elevación general de los precios, como dice Proudhon, sino un descenso parcial, es decir, una disminución del precio corriente de las mercancías que se fabrican principalmente con la ayuda de máquinas.

El alza y la baja de la ganancia y de los salarios no expresan sino la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan en el producto de una jornada de trabajo, sin influir en la mayoría de los casos en el precio del producto. Pero ideas como la de que "las huelgas seguidas de un aumento de salarios suscitan una elevación general de los precios, un aumento de la carestía", sólo pueden nacer en el cerebro de un poeta incomprensible.

En Inglaterra las huelgas han servido constantemente de motivo para inventar y aplicar nuevas máquinas. Las máquinas eran, por decirlo así, el arma que empleaban los capitalistas

para sofocar la rebeldía de los obreros calificados. La invención más grande de la industria moderna —el *self-acting mule*— puso fuera de combate a los hilanderos sublevados [108].

Aun cuando las coaliciones y las huelgas tuviesen como único resultado hacer reaccionar contra ellas los esfuerzos del genio mecánico, aun en ese caso ejercerían una influencia inmensa sobre el desarrollo de la industria.

En un artículo publicado por León Faucher... en septiembre de 1845 —continúa Proudhon— leo que desde hace algún tiempo los obreros ingleses han perdido el hábito de las *coaliciones*, lo que constituye ciertamente un progreso del que no se puede menos que felicitarlos, pero que esta mejora de la moral de los obreros es sobre todo una consecuencia de su instrucción económica [109]. Los salarios no dependen de los fabricantes —exclamó en un mitin de Bolton un obrero hiladero. En los períodos de depresión, los patronos no son, por decirlo así, más que el látigo en manos de la necesidad y, quiéranlo o no, deben asestar golpes. El principio regulador es la relación entre la oferta y la demanda, y los patronos carecen de poder a este respecto... Enhorabuena —exclama Proudhon—, he aquí unos obreros bien entrenados, unos obreros modelo, etc., etc. Sólo le faltaba a Inglaterra esta desdicha; pero no pasará el estrecho (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 261 y 262 [ed. 1923, t. I, p. 268]).

De todas las ciudades inglesas, en Bolton es donde más desarrollado está el radicalismo. Los obreros de Bolton son conocidos como los revolucionarios más extremados. Durante la gran agitación que tuvo lugar en Inglaterra en pro de la abolición de las leyes cerealeras, los fabricantes ingleses no creyeron poder hacer frente a los propietarios de tierras sino poniendo por delante a los obreros [110]. Pero como los intereses de los obreros no eran menos opuestos a los de los fabricantes que los intereses de los fabricantes lo eran a los de los propietarios de tierras, era natural que los fabricantes saliesen malparados en los mítines obreros. ¿Qué hicieron los fabricantes? Para cubrir las apariencias organizaron mítines en los que tomaban parte principalmente contra maestros, un pequeño número de obreros que les eran afectos y *amigos del comercio* propiamente dichos. Luego, cuando los verdaderos obreros intentaron, como ocurrió en Bolton y Manchester, participar en los mítines para protestar contra estos actos públicos artificiales, se les prohibió la entrada so pretexto de que era un *ticket-meeting*. Este nombre se da a los mítines en los que sólo

se admite a quienes van provistos de permisos de entrada. Pero en los carteles fijados en las paredes se había anunciado que los mítines eran públicos. Cada vez que se celebraban estos mítines, los periódicos de los fabricantes publicaban reseñas pomposas y detalladas de los discursos pronunciados en ellos. Ni qué decir que eran los contra maestros quienes pronunciaban esos discursos. Los periódicos londinenses los reproducían al pie de la letra. Proudhon cometió la equivocación de tomar a los contra maestros por obreros corrientes y les prohibió terminantemente pasar el estrecho.

Si en 1844 y en 1845 se oyó hablar menos de huelgas que en años anteriores, se debió a que 1844 y 1845 fueron los dos primeros años de prosperidad que conoció la industria inglesa después de 1837. Sin embargo, ninguna de las *trade-unions* fue disuelta.

Oigamos ahora a los contra maestros de Bolton. Según ellos, los fabricantes no ejercen poder sobre el salario, porque no depende de ellos el precio del producto, y no depende de ellos el precio del producto porque no ejercen poderes sobre el mercado mundial. Por esta razón daban a entender que no era preciso organizar coaliciones para arrancar a los patronos aumentos de salarios. Proudhon, por el contrario, prohíbe las coaliciones por temor a que susciten un alza de salarios, lo cual llevaría a una elevación general de la carestía. No hace falta decir que sobre un punto existe un entendimiento cordial entre los contra maestros y Proudhon: en que un alza de salarios equivale a un alza en los precios de los productos.

¶ Pero, ¿es en realidad el temor de un aumento de la carestía lo que suscita la inquina de Proudhon? No. Se enoja con los contra maestros de Bolton simplemente porque éstos determinan el valor *por la oferta y la demanda* y les tienen sin cuidado el *valor constituido*, el valor que ha llegado al estado de constitución, la constitución del valor, comprendidas la *permutabilidad permanente* y todas las otras *proporcionalidades de relaciones y relaciones de proporcionalidad*, flanqueadas por la Providencia.

La huelga de los obreros es *ilegal*, y esto lo dice no solamente el código penal, sino el sistema económico, la necesidad del orden establecido... [111] Que cada obrero individualmente tenga libertad de disponer de su persona y de sus brazos, se puede tolerar; pero que los obreros recurran mediante las coaliciones a la violencia contra el monopolio,

es cosa que la sociedad no puede permitir (Proudhon, *loc. cit.*, t. I, pp. 334 y 335 [ed. 1923, t. I, p. 323]) [112].

Proudhon pretende hacer pasar un artículo del Código Penal por un resultado necesario y general de las relaciones de producción burguesas.

En Inglaterra, las coaliciones son autorizadas por un acta del Parlamento, y es el sistema económico el que ha obligado al Parlamento a dar esta sanción legal. En 1825, cuando siendo ministro Huskisson el Parlamento modificó la legislación para ponerla más a tono con un estado de cosas resultante de la libre competencia, tuvo que abolir necesariamente todas las leyes que prohibían las coaliciones de los obreros. Cuanto más se desarrollan la industria moderna y la competencia, mayor es el número de elementos que suscitan la aparición de las coaliciones y favorecen su actividad, y en la medida en que las coaliciones pasan a ser un hecho económico, más firme cada día, no pueden tardar en convertirse en un hecho legal.

Así, pues, el artículo del Código Penal demuestra en qué medida la industria moderna y la competencia no estaban aún suficientemente desarrolladas en tiempos de la Asamblea Constituyente y bajo el Imperio.

Los economistas y los socialistas están de acuerdo en un solo punto: en condenar las *coaliciones* [113], aunque motivan de diferente modo su condena.

Los economistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones. Uniéndoos, entorpecéis la marcha regular de la industria, impedís que los fabricantes cumplan los pedidos, perturbáis el comercio y precipitáis la introducción de las máquinas que, haciendo inútil en parte vuestro trabajo, os obligan a aceptar un salario todavía más bajo. Por lo demás, vuestros esfuerzos son estériles. Vuestro salario será determinado siempre por la relación entre la demanda de mano de obra y su oferta; alzarse contra las leyes eternas de la economía política es tan ridículo como peligroso.

Los socialistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones porque, al fin de cuentas, ¿qué saldríais ganando? ¿Un aumento de salarios? Los economistas os demostrarán hasta la evidencia que los pocos céntimos que podríais ganar por unos momentos en caso de éxito, serían seguidos de un descenso del salario para siempre. Expertos calculadores os demostrarán que serían necesarios muchos años para que el

aumento de los salarios pudiese compensar aunque sólo fuera los gastos necesarios para organizar y mantener las coaliciones. Y nosotros, como socialistas, os diremos que, independientemente de esta cuestión de dinero, con las coaliciones no dejaréis de ser obreros, y los patronos serán siempre patronos, como lo eran antes. Por lo tanto nada de coaliciones, nada de política, pues organizar coaliciones ¿no significa acaso hacer política?

Los economistas quieren que los obreros permanezcan en la sociedad tal como está constituida y tal como ellos la describen y la refrendan en sus manuales. Los socialistas quieren que los obreros dejen en paz a la vieja sociedad para poder entrar mejor en la sociedad nueva que ellos les tienen preparada con tanta previsión.

Pese a unos y a otros, pese a los manuales y a las utopías, las coaliciones no han cesado de progresar y crecer con el desarrollo y el incremento de la industria moderna. En la actualidad se puede decir que el grado a que han llegado las coaliciones en un país indica exactamente el lugar que ocupa en la jerarquía del mercado mundial. En Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el más alto grado de desarrollo, existen las coaliciones más vastas y mejor organizadas.

En Inglaterra los obreros no se han limitado a coaliciones parciales sin otro fin que una huelga pasajera y que desaparecen al cesar ésta. Se han formado coaliciones permanentes, *trade-unions* que sirven a los obreros de baluarte en su lucha contra los empresarios. Actualmente todas estas *trade-unions* locales están agrupadas en la *National Association of United Trades*, cuyo comité central reside en Londres y que cuenta ya con ochenta mil miembros. La organización de estas huelgas, coaliciones y *trade-unions* se desenvuelve simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que constituyen hoy un gran partido político, bajo el nombre de *cartistas* [114].

Los primeros intentos de los trabajadores para *asociarse* han adoptado siempre la forma de coaliciones.

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: *la coalición*. Por lo tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia gene-

ral a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, y las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política [115].

En la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase derroca al feudalismo y la monarquía para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requirió mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó con coaliciones parciales contra los señores feudales.

Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía, desde la comunidad urbana autónoma hasta su constitución como clase. Pero cuando se trata de tomar conciencia de las huelgas, de las coaliciones y de otras formas en las que los proletarios efectúan ante nuestros ojos su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen alarde de un desdén *trascendental*.

La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica pues, necesariamente, la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya ad-

quiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria [116]. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad.

¿Esto quiere decir que después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, traducida en un nuevo poder político? No.

La condición de emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y de todos los órdenes [117].

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo, y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo dentro de la sociedad civil [118].

Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase contra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Además, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la *oposición* de las clases llegue, como último desenlace, a la *contradicción* brutal, a un choque cuerpo a cuerpo?

No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.

Sólo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las *evoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas*. Hasta que ese momento llegue, en visperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre:

“El combate o la muerte, la lucha sangrienta o la nada. Así está planteado inexorablemente el dilema” (George Sand) [119].